

parte que su heroísmo, no debía ser nunca feliz. Delos 1.000.000,000 decretados por la Convencion no restaba mas que una fiesta prometida en 1806 á todo el ejército de Austerlitz; y de aquella fiesta no quedaba mas que una demostracion á la guardia, contrariada por el cielo, y privada de la presencia de Napoleón. Pero la gloria del ejército francés podia pasar sin aquellas frívolas pompas. La historia dirá, que todo el mundo en Francia desde 1789 á 1815 mezcló las faltas con los servicios, todo el mundo escepto el ejército, porque mientras se degollaban en 1793 víctimas inocentes, defendía el territorio: mientras Napoleón violaba las reglas de la prudencia en 1807 y 1808, se limitaba á combatir, y siempre bajo todos los gobiernos, no sabia mas que sacrificarse y morir por la existencia y la grandeza de la Francia.



LIBRO VEINTE Y NUEVE.



Aranjuez.

Espedicion de Portugal.—Composicion del ejército destinado á esta espedicion.—Primera entrada de los franceses en España.—Marcha desde Ciudad-Rodrigo á Alcántara.—Padecimientos indecibles.—Instado el general Junot para que acelerase su movimiento sobre Lisboa, sigue la derecha del Tajo por detrás de las montañas de Beira.—Llegada del ejército francés á Abrantes en el estado mas lastimoso.—El general Junot se decide á marchar sobre Lisboa con las compañías de preferencia.—Al saber la aproximacion de los franceses, el príncipe regente de Portugal toma el partido de huir al Brasil.—Embarque precipitado de la corte y de las principales familias portuguesas.—Ocupacion de Lisboa por el general Junot.—Siguen los acontecimientos del Escorial.—Situacion de la corte de España desde el arresto del príncipe de Asturias, y el humillante perdon que le fué concedido.—Continuacion de las actuaciones contra sus cómplices.—Comienzan á apoderarse de la corte la desconfianza y el temor.—La reina y el príncipe de la Paz, piensan en huir á América, á imitacion de la casa de Braganza.—Oposicion de Carlos IV á aquel proyecto.—Antes de acudir á aquel recurso estremo, se procura conciliarse á Napoleón, y se renueva, en nombre del rey, la peticion que ya habia hecho Fernando de una princesa francesa.—A esta peticion acompañan vivas instancias para la publicacion del tratado de Fontainebleau.—Napoleón no pudo recibir estas proposiciones hasta su llegada á Italia.—Arribo del emperador á Milan.—Por todas partes por donde pasa manda obras de utilidad pública.—Viage á Venecia.—Reunion de príncipes y soberanos en aquella ciudad.—Proyectos de Napoleón para devolver á Venecia su antigua prosperidad comercial.—Correria á Udino, Palma-No-

va, y Osopo.—Regreso á Milan por Legnago y Mántua.—Entrevista en Mántua con Luciano Bonaparte.—Permanencia en Milan.—Nuevas órdenes militares con respecto á España, y aplazamiento de la contestacion que debia darse á Carlos IV.—Asuntos políticos del reino de Italia.—Adopcion de Eugenio Beauharnais, y trasmision de la corona de Italia asegurada á su descendencia.—Decretos de Milan en oposicion á las nuevas disposiciones marítimas adoptadas por la Inglaterra.—Partida de Napoleon para Turin.—Se mandan hacer algunos trabajos para enlazar á Génova con el Piamonte, y á este con la Francia.—Regreso á París en 1.º de enero de 1808.—Napoleon no puede ya diferir por mas tiempo su respuesta á Carlos IV, y adoptar una resolucion definitiva con respecto á España. Se le presentan tres partidos: un matrimonio, una desmembracion de territorio, y un cambio de dinastia.—Irresistible inclinacion de Napoleon hácia este último partido.—Aunque se habia fijado en el objeto, no lo estaba aun en cuanto á los medios; entre tanto aumentó el número de tropas en la Peninsula, y contesta de una manera evasiva á Carlos IV.—Se lleva á efecto la conscripcion de 1809.—Fuerzas colosales de la Francia en aquella época.—Sistema de organizacion militar que sugirió á Napoleon la dislocacion de sus regimientos, que tenian batallones en Alemania, Italia y España.—Napoleon quiere terminar aquella vez todos los negocios del Mediodia de la Europa.—Sus disensiones con el papa toman un carácter de mayor gravedad.—El general Miollis recibe la orden de ocupar los Estados romanos.—El movimiento de las tropas inglesas hácia la Peninsula, desguarnece la Sicilia, y suministra la ocasion largo tiempo esperada, de una expedicion contra aquella isla.—Reunion de escuadras francesas en el Mediterráneo.—Tentativa para conducir diez y seis mil hombres á Sicilia, y para abastecer abundantemente á Corfú.—Continuacion de los sucesos de España.—Conclusion del proceso del Escorial.—Al recibir Carlos IV las evasivas respuestas de Napoleon, le dirige otra carta llena de tristeza y de turbacion, y le pide esplicaciones sobre la acumulacion de tropas francesas en los Pirineos.—Abrumado de preguntas, Napoleon reconoce la necesidad de concluir las.—Adopta por fin sus medios de ejecucion, y se propone, asustando á la corte de España, obligarla á huir como la casa de Braganza.—Esta grave empresa le hace mas necesaria que nunca la alianza rusa.—Actitud de Mr. de Tolstoy en Paris.—Sus relaciones poco satisfactorias á la corte de Rusia.—Esplicaciones de Alejandro con Mr. de Caulaincourt.—Advertido por éste del peligro que amenaza á la alianza, Napoleon escribe á Alejandro, y consiente en que se discuta la particion del imperio de Oriente.—Alegria de Alejandro y de Mr. de Romanzoff.—Diversos planes de division.—Primer pensamiento de una entrevista en Erfurt.—Invasion de la Finlandia.—Satisfaccion en San Petersburgo.—Asegurado ya Napoleon de la alianza rusa, toma sus disposiciones para acelerar el desenlace de los asuntos de España en todo el mes de marzo.—Desde el 20 al 23 de febrero

se espiden diferentes órdenes con objeto de intimidar á la corte de Madrid y disponerla á la fuga.—Eleccion de Murat para mandar el ejército francés.—Ignorancia en que le deja Napoleon con respecto á sus proyectos políticos.—Instruccion sobre la marcha de las tropas.—Orden de sorprender á San Sebastian, Pamplona y Barcelona.—Como el plan adoptado ponía en peligro las colonias españolas, Napoleon procura evitarle con una orden extraordinaria comunicada al almirante Rosily.—Entrada de Murat en España.—Su recibimiento en las provincias Vascongadas y Castilla.—Carácter de estas provincias.—Entrada en Vitoria y Burgos.—Estado de las tropas francesas.—Su juventud, su desnudez, sus enfermedades.—Embarazos de Murat por la ignorancia en que se encontraba tocante al objeto político de Napoleon.—Sorpresa de Barcelona, Pamplona y San Sebastian.—Malísimo efecto producido por la toma de aquellas plazas.—Alarmas que produjeron en Madrid las últimas noticias que se recibieron de Paris.—Proyecto definitivo de retirarse á América.—Oposicion del ministro Caballero á este plan.—A pesar de ella se aprueba el proyecto de marcha.—Se divulga la noticia de los preparativos de viage.—Extraordinaria emocion en los habitantes de Madrid y Aranjuez.—El principe de Asturias, y su tío don Antonio resisten la idea de alejarse.—Se fija la salida de la corte para el 15 ó 16 de marzo.—La poblacion de Aranjuez y de las inmediaciones, atraída por la curiosidad y la cólera, se agrupa en derredor del palacio y se hace imponente por su actitud amenazadora.—La corte se ve obligada el 16 á publicar una proclama desmintiendo los rumores de viage.—Mas no por eso suspende sus preparativos.—Revolucion de Aranjuez en la noche del 17 al 18 de marzo.—El pueblo invade el palacio del principe de la Paz, le destruye completamente, y busca al principe para degollarle.—El rey se ve obligado á despojar á don Manuel Godoy de todas sus dignidades.—Continúa el pueblo buscando al principe.—Despues de estar escondido treinta y seis horas entre unas esteras, es descubierto al salir de su escondite.—Algunos guardias de corps, logran libertarlo del furor del pueblo, y le conducen á su cuartel lleno de heridas.—El principe de Asturias logra que el pueblo se retire, ofreciendo que el principe de Paz seria juzgado.—El rey y la reina atemorizados con tres días de sublevacion y creyendo salvar su vida y la del favorito, firman su abdicacion el dia 19 de marzo.—Carácter de la revolucion de Aranjuez.

En tanto que Napoleon, decidido en cuanto al objeto que se proponia en España, pero incierto en cuanto á los medios, se dirigia á Italia, lleno por lo demas de confianza en la inmensidad de su

poder, los ejércitos franceses avanzaban hácia la Península, é iban á sufrir la primera prueba de las que en ella les aguardaban.

El ejército que primero estaba destinado á efectuar la entrada, era el del general Junot. Su misión, como ya se ha visto, consistía en apoderarse del Portugal. Se componía de cerca de veinte y seis mil hombres, veinte y tres mil armados, y tres ó cuatro mil hombres de refuerzo sacados de los depósitos. Estaba distribuido en tres divisiones á las órdenes de los generales Laborde, Loison y Travot. Tenía por gefe de estado mayor al general Thiebault, y por general en gefe al intrépido Junot, ayudante de campo de Napoleon, muy adicto suyo, embajador de Portugal en algun tiempo, oficial inteligente, animoso hasta la temeridad, y que no tenía mas defecto que un excesivo ardor de carácter, que debía venir á parar en una enfermedad mental. El ejército se componía de jóvenes de la conscripción de 1807, sacados en 1806, pero encerrados en antiguos cuadros, y suficientemente instruidos. Eran muy capaces de sostener bien el fuego, pero desgraciadamente estaban poco habituados á las fatigas, que iban á ser su principal prueba. Napoleon que quería se ocupase prontamente á Lisboa, para sorprender no á la familia real, de que se cuidaba muy poco, sino la escuadra portuguesa y las inmensas riquezas pertenecientes á los comerciantes ingleses, había dado orden al general Junot para que acelerase la marcha, sin economizar á sus soldados fatigas ni privaciones para llegar á tiempo. Junot, en su ardimiento, no era hombre capaz de corregir con un prudente discernimiento, lo que aquella orden pudiera te-

ner de arriesgado en los países que iba á atravesar.

El 17 de octubre entró el ejército en España dividido en muchas columnas para facilitar las subsistencias, y se dirigió á Valladolid por Tolsa, Vitoria y Burgos. A pesar de las promesas del príncipe de la Paz, no había preparado en el tránsito casi nada, y por la noche había que reunir apresuradamente algunos víveres para alimentar las tropas estenuadas con las fatigas del día. Los alojamientos eran malísimos, y las camas tan pésimas, que los soldados preferían pasar la noche en el campo ó en las calles, mas bien que aceptar los miserables albergues que les ofrecían. La población los recibía con la curiosidad natural á un pueblo vivo, amigo de espectáculos que su inerte gobierno no le proporcionaba ya hacia un siglo. Las clases elevadas recibían bien á las tropas, pero el pueblo bajo manifestaba mas á las claras su odio á los extranjeros. En el camino de Salamanca se dieron algunas puñaladas á los soldados rezagados, aunque se conducían en todas partes con la mayor moderación. Al llegar el ejército á Salamanca había sufrido ya mucho con las fatigas, y había tenido que dejar atrás cierto número de hombres. El general Junot, que tenía un gefe de estado mayor muy previsor, estableció en Valladolid, Salamanca y Ciudad-Rodrigo, depósitos que se componían de un comandante de plaza, de muchos empleados en la administración, y de un destacamento, para recoger en ellos á los cansados ó enfermos, y dirigirlos despues al ejército en grupos bastante numerosos para defenderse. Habiendo recibido el ejército que estaba en Salamanca la

orden de marchar inmediatamente (1), lo verificó el 12 de noviembre, formado en tres divisiones. Para ir desde Ciudad-Rodrigo á Alcántara, tenia que atravesar la cadena de montañas que separa el valle del Duero del de el Tajo, y que es una prolongacion de la de Guadarrama.

Desde Salamanca á Alcántara era necesario andar cincuenta leguas por un pais montuoso, lleno de malezas, pobre y únicamente habitado por pastores que acostumbraban á apacentar sus ganados en aquellos escabrosos sitios dos veces al año; en otoño cuando se trasladaban desde Castilla la Vieja á Extremadura, y en la primavera cuando volvian desde esta última provincia á aquella. Aunque las autoridades españolas habian prometido preparar víveres, se encontraron muy pocos en San Muñoz, pueblo situado á igual distancia entre Salamanca y Ciudad-Rodrigo. Las tropas anduvieron diez y nueve leguas en dos dias, sin comer mas que un poco de carne de cabra, que se proporcionaron tomándola de los rebaños que encontraban al paso. En Ciudad-Rodrigo, poblacion bastante considerable, y plaza fuerte de gran importancia, se encontraba un gobernador poco adicto á los franceses, que para escusarse alegó la ignorancia en

(1) La orden de Napoleon no podia ser mas ejecutiva, pues prevenia á Junot que no difiriese la continuacion de su empresa bajo pretexto alguno, ni aun por falta de mantenimientos, *pudiendo 20,000 hombres, segun decia, vivir por todas partes, aun en el desierto.*

(Nota del traductor, sacada de la Historia del levantamiento, guerra y revolucion de España, por el conde de Toreno).

que se le habia tenido hasta entonces del paso del ejército, y que no se tomó el trabajo de suplir á los preparativos que se habian dejado de hacer. Sin embargo, se reunieron víveres suficientes para dar media racion á los soldados; se organizó un nuevo depósito para los rezagados, cuyo número se aumentaba por momentos, y se tomó el camino de las montañas, para dirigirse desde la cuenca del Duero á la del Tajo. El tiempo se puso de repente muy crudo, como acontece con frecuencia en las regiones meridionales, en que la naturaleza estremada como los habitantes, pasa con extraordinaria violencia desde la mas suave temperatura á la mas rigurosa. La lluvia y la nieve se sucedian sin interrupcion. Los senderos que seguian las diferentes columnas estaban intransitables, y desaparecian bajo los pies de hombres y caballos. Engañadas por guias ignorantes, que muchas veces se equivocaban, algunas columnas se extraviaron, y llegaron muy cerca de las crestas de la cadena, á la aldea de Peña Parda, estenuadas de hambre y de cansancio, dejando en el camino una parte de su gente. Era necesario para poder comer alguna cosa, ir á dormir á Moraleja, en el declive de las montañas. Sobrevino una tempestad horrorosa: en un momento se desbordaron todos los torrentes, y en medio del mugido de los vientos y del estruendo de las aguas, los inespertos soldados franceses, que no habian comido ya hacia algunos dias, ni esperaban mejores alojamientos en los siguientes, cayeron en uno de esos abatimientos súbitos que se apoderan de las almas juveniles, poco habituadas á los contratiempos de la vida militar. Cerró la noche, y como los tambores aflojados con la

lluvia no podían servir absolutamente para ningún toque, se introdujo en la marcha la mayor confusión. Los soldados que no distinguían ya los objetos, ni aun se percibían unos á otros, comenzaron á llamarse á voces é hicieron resonar las montañas con sus alaridos. Los oficiales ya no eran reconocidos ni escuchados: la indisciplina se unió á la desesperación, y la escena había llegado á ser horrorosa. Sin embargo, la primera columna pudo llegar á Moraleja á las once de la noche, y habiendo encontrado ya allí un destacamento, dió noticia del estado en que había dejado el resto del ejército. Entonces se mandó salir á los soldados menos cansados, para socorrer á sus compañeros: se encendieron fogatas, se colocó un farol en el campanario, y se tocaron las campanas para atraer á los extraviados. Para colmo de desgracia, no se habían hecho en Moraleja mas preparativos que en las demas partes, y faltaban completamente los viveres. Los soldados, no respetando ya nada en el delirio del hambre, se entregaron al saqueo, y asolaron aquel desgraciado pueblo, que fué de este modo víctima de la inexactitud del gobierno español en el cumplimiento de sus promesas. En el momento de la llegada no había mas que una cuarta parte del ejército: durante la noche y poco á poco, fueron llegando á Moraleja todos los que no habían sucumbido de cansancio ó se habían ahogado ó sido asesinados por los pastores extremeños. Algunas cabras sirvieron todavía no para satisfacer el hambre de los soldados, sino para impedir que muriesen de inanición. Era imposible detenerse en aquel punto, y al día siguiente se emprendió la marcha hácia Alcántara, en donde

por fin, se vieron las orillas del Tajo y la frontera de Portugal.

El general en jefe Junot, se había adelantado á su ejército para suplir con sus cuidados la incuria del gobierno español. La ciudad ofrecía algunos mas recursos que las montañas de Estremadura. Sin embargo, no eran muy considerables y los habían absorbido en gran parte las tropas españolas del general Carafa, que con una división de nueve á diez mil hombres debía apoyar el movimiento de las tropas francesas, y bajar por la izquierda del Tajo, mientras el general Junot lo efectuaba por la orilla derecha. Se reunieron algunos bueyes y carneros y se distribuyeron entre los regimientos: se proporcionó media ración de pan por plaza, y se concedió un descanso al ejército para que se le incorporasen los que pudiesen hacerlo, y para restituirle sus estenuadas fuerzas. Había dejado atrás ó perdido en los montes y torrentes una quinta parte de su efectivo, es decir, de cuatro á cinco mil hombres. La mitad de la caballería estaba desmontada, porque muchos caballos habían muerto de hambre, ó no habían podido seguir la marcha por encontrarse desherrados. La artillería hubo que conducirla con bueyes, pero faltando también este recurso, apenas pudieron entrar en Alcántara seis cañones. En cuanto á las municiones fué preciso abandonarlas en el camino con el resto del material.

El desgraciado general Junot se hallaba en una posición en extremo embarazosa. Por una parte le estimulaban las órdenes de Napoleon, y la certidumbre de que si no llegaba pronto á Lisboa se encontraría ó con que la escuadra portuguesa ha-

bia partido con las riquezas del país, ó con una resistencia organizada que no le sería fácil vencer; por otra, veía enfrente de sí las vertientes de las montañas de Beyra, inclinadas hácia el Tajo, compuestas de una multitud de picos escarpados, separados unos de otros por espantosos barrancos, y en algun modo tajados, como lo indica el nombre de *Talladas*, enteramente despobladas, privadas de todo recurso, y que habian llegado á hacerse peligrosas por las abundantes lluvias del otoño. Agregábase á todo esto que los soldados habian salido de Francia á la ligera, y en su mayor parte se encontraban descalzos, sin cartuchos, é incapaces de seguir una larga marcha, ó de vencer una resistencia seria, lo cual no era imposible, porque los portugueses tenian aun veinte y cinco mil hombres de tropas bastante buenas, y muy inclinadas á defenderse, puesto que la perspectiva de pertenecer á la España, no los disponia á recibir favorablemente á los invasores de su territorio. Tampoco se podia contar mucho con el apoyo de los españoles, porque en lugar de los veinte batallones que habian ofrecido, solo presentaron ocho, y estos animados de tan malos sentimientos para con los franceses, que habia sido necesario enviarlos á sus cantones.

En la alternativa de dejar que se consumasen en Lisboa acontecimientos deplorables, ó arrostrar nuevas fatigas con tropas estenuadas por medio de un país peor que el que se acababa de atravesar, el general Junot no titubeó y prefirió el partido de la obediencia al de la prudencia. Tomó, pues, la resolución de continuar su precipitada marcha, siguiendo por los peñascos de Beyra que

forman la orilla del Tajo desde Alcántara á Abrantes. Reunió algunos zapatos y bueyes, se aprovechó de un depósito de pólvora que existia en aquel punto, y con los papeles del archivo de los caballeros de Alcántara, hizo cartuchos. Despues dividió su ejército en dos trozos, compuesto el uno de la infantería de las dos primeras divisiones, y el otro de la infantería de la tercera division, de la caballería, artillería, y rezagados. Mandó avanzar al primero, y al segundo que se quedase en Alcántara, y se le incorporase en cuanto se rehiciese un poco y se proveyese de medios de transporte. No llevó consigo mas que algunos cañones de montaña que por su calibre eran de mas fácil conduccion.

Resolvió romper la marcha desde Alcántara el 20 de noviembre, y pasar la frontera de Portugal por la derecha del Tajo, mientras el general don Juan Carafa la atravesaba por la izquierda. Sin duda hubiera sido mucho mejor pasar el Tajo, internarse mas en Estremadura, dirigirse á Badajoz, y tomar el camino real que desde esta ciudad conduce á Elvas, que es el que ordinariamente siguen los españoles, por medio del Alentejo, provincia de terreno igual, y de fácil travesía. Mas para ello era necesario bajar por la Península hasta Badajoz, y dar en seguida un largo rodeo á la derecha para llegar á Lisboa. Napoleon, que mandaba desde París, por solo la inspeccion del mapa, y que preferia el camino mas corto para ir á Lisboa, habia mandado que se siguiese la derecha del Tajo, desde Alcántara á Abrantes, y que los españoles siguiesen la izquierda. De este modo se aseguraba ademas de la celeridad, la ventaja de no tener que

pasar luego el Tajo por cerca de Lisboa. Sin embargo, si Napoleon hubiese podido saber que en Portugal caeria la lluvia á torrentes, y que por la negligencia de los aliados, el ejército llegaría á Alcantara estenuado de hambre y de fatiga, hubiera querido mejor perder algunos dias, que proseguir una marcha que iba á asemejarse bien pronto á una derrota. Pero aqui comenzaban á revelarse los inconvenientes de una politica estremada, que queriendo obrar sobre todas partes, simultáneamente sobre el Vistula y sobre el Tajo, en Dantzic y en Lisboa, se veia obligada á mandar desde muy lejos, y á servirse de soldados débiles ó de generales poco experimentados, cuando los soldados robustos y los generales hábiles se hallaban empleados en otra parte. Hay lugartenientes que pecan por molicie, y otros por exceso de celo. Estos son los mas raros, y por lo comun los mas útiles, aunque con frecuencia peligrosos, y el bravo Junot era del número de estos últimos. No titubeó, pues, en partir de Alcantara el 20 de noviembre, despidiendo, como ya hemos dicho una parte de las tropas españolas, que parecian poco seguras, y confiando á las demas el encargo de seguir por la orilla izquierda del Tajo, en tanto que él lo hacia por la derecha. De un ejército que en Bayona presentaba una fuerza de veinte y tres mil hombres á veinte y seis mil, apenas tenia ya mas que quince mil, no porque todos los demas se hubiesen muerto ó estraviado, sino porque no podian continuar tan precipitada marcha. Avanzó todo lo largo del Tajo por senderos abiertos en las laderas de las montañas, reducido incesantemente á subir y bajar, elevándose unas veces hasta la cresta de

los desgajados peñascos de Beyra, y penetrando otras en las profundas quebradas que los separan, dejando á la derecha las cimas de los montes y el río á su izquierda. Dirigió sus dos divisiones de infantería á Castello Branco por dos caminos diferentes. La primera tomó el de Idanha-Nova, y la segunda el de Rosmaniãl. A una y otra acompañaban algunas tropas ligeras españolas. El tiempo era cada vez mas cruel, caia la lluvia de continuo, y el camino estaba casi intrasitable. La primera division que mandaba el general Laborde, tenia que atravesar un torrente desbordado, mas ancho y profundo que los demas: aquel intrépido general se metió en el agua hasta el pecho, y permaneció en ella hasta que pasaron todos sus soldados. No se distribuia mas alimento que carne de cabra, bellotas y una onza de pan por plaza. Al dia siguiente las dos divisiones se reunieron en Castello Branco en un estado difícil de describir. La que llegó primero, que tuvo menos dificultades que vencer, salió á vivaquear fuera, para dejar á la que la seguia, que estaba mucho mas fatigada, la ventaja de poderse alojar en la poblacion. En cada horno se puso una guardia para impedir que fuesen asaltados. Merced á esta precaucion pudieron darse dos onzas de pan á cada soldado: faltaba carne, pero en cambio habia arroz, legumbres y vino. Todos los soldados estaban palidos, desfigurados y casi todos descalzos. Detenerse hubiera sido esponerse á morir de hambre, sin contar con el inconveniente de perder un tiempo precioso. Se volvió, pues, á emprender la marcha con la esperanza de llegar á Abrantes, ciudad rica y populosa, situada fuera de la region de las montañas, y en

un pais y abierto y fértil. Se formaron dos columnas, la una, compuesta de la primera division, se dirigió por Sobreira-Formosa, y la otra, que constaba de la segunda division, por Perdigao. La primera tenia que recorrer catorce leguas, y atravesar cuatro ó cinco torrentes que la lluvia habia engrosado de tal modo que no podian pasarse sin peligro. Los soldados formaban cadena con sus fusiles para defenderse del impetu violento de las aguas: algunos que estaban mas débiles fueron arrastrados por la corriente. Los oficiales llenos de valor y de humanidad, queriendo dar á los mas fuertes ejemplo para que socorriesen á los débiles, tomaban en sus brazos á los soldados que no podian pasar, y de este modo los ayudaban á atravesar los torrentes. En el camino solo se encontró la aldea de Sarcedas, y los soldados, que se morian de hambre, la saquearon, á pesar de los esfuerzos que el general en jefe hizo para impedirlo. Hasta las once de la noche no llegaron las tropas á Sobreira-Formosa en un verdadero estado de desesperacion. Durante la primera hora no pudo reunirse mas que la sexta parte de la fuerza. Se encontraron allí castañas y algun ganado, y pudo satisfacerse por el pronto la necesidad mas urgente. La segunda division tuvo que sufrir hasta Perdigao crueles penalidades.

El resto del camino hasta Abrantes no era tan malo en quanto á la aspereza del terreno, pero lo era tanto ó mas por su esterilidad. En fin, despues de privaciones y fatigas inauditas, el 24 llegó el ejército á Abrantes en número de cuatro ó cinco mil hombres pálidos, estropeados, los pies ensangrentados, con los uniformes desgarrados y los fu-

siles inútiles, porque habian servido de bastones á los soldados para ayudarse á pasar los torrentes ó trepar por las montañas. Llegar en semejante estado á una ciudad muy populosa, hubiera sido hacerla caer en la tentacion de cerrar sus puertas á tales acometedores, y defenderse contra ellos sin hacer mas que dejarlos morir de hambre. Mas felizmente, las inmortales victorias conseguidas en todas partes del mundo por los aguerridos soldados de la Francia, protegian á las tropas bisonas en donde quicra que se encontrasen. El renombre del ejército francés era tan grande, que al aproximarse á las poblaciones no habia mas que una opinion, la de satisfacerle suministrándole lo mas pronto posible todo quanto necesitaba. Si habia tiempo para conocerle, cesaba el ódio que se le tenia, y todos le ofrecian de buen grado lo que el primer dia le habian dado cediendo solo al terror.

El general en jefe habia precedido á su ejército á Ab antes, para preparar de antemano los socorros que reclamaba su lamentable estado, y los habitantes se prestaron á todo quanto quiso. Se reunió ganado, pan en abundancia, y por primera vez despues de su salida de Salamanca, es decir, despues de doce dias, recibieron los soldados racion completa. Ademas se les proporcionó vinos excelentes, calzado, vestuario y medios de transporte. Hasta se pudo enviar carruages para recoger á los aspeados y enfermos. El tiempo no estaba todavía sereno y seco; pero el pais era hermoso, muy igual, cálido, estaba cubierto de naranjos, que exhalaban los dulces perfumes del Mediodia, y presentaba el espectáculo del bienestar y de la riqueza. El efecto que semejante cambio produjo

en aquellos jóvenes soldados, accesibles á todas las sensaciones, fué muy rápido, y en dos días pasaron de la mas sombría desesperacion á una especie de alegría y confianza. Muchos de ellos habian quedado en las montañas de Beyra sin poder seguir, pero iban llegando poco á poco en partidas sueltas, á recibir á su vez la alhagüena impresion de una hermosa region abundante en todo género de recursos.

Junot mandó componer las armas, y reuniendo las compañías de preferencia, formó una columna de cuatro mil hombres en estado de continuar la marcha á Lisboa. Habiendo prevenido por su celeridad una resistencia, que en las montañas de Beyra pudiera haber sido invencible, habia recibido el primer premio de sus esfuerzos; pero hubiera querido llegar á Lisboa de modo que se apoderase en su marcha de todo lo que iba á escapársele de aquella capital, lo cual era casi imposible conseguir.

En aquellos momentos reinaba en Lisboa una confusion increíble. El principe regente, que gobernaba en nombre de su madre, atacada de demencia, fluctuaba entre mil resoluciones contrarias. De acuerdo con el gabinete de Lóndres, habia procurado hacer que Napoleón aceptase un término medio, que consistia en cerrar sus puertos á los ingleses sin confiscar sus propiedades. Como Napoleón lo habia rehusado, el principe regente habia vuelto á su terrible ansiedad. Divididos sus ministros acerca de la conducta que debería seguirse, opinaban unos que convenia vivir como hasta entonces, es decir, continuar unidos á la Inglaterra, y con el auxilio de esta, resistir á los

franceses: los otros aconsejaban que era necesario abandonar la politica antigua, adoptar las miras de la Francia, espulsar á los ingleses, y evitar de este modo una invasion estrangera: y por último, algunos proponian un tercer partido, de que ya hemos hablado, el de huir al Brasil, dejando la desgraciada patria de los Braganzas entregada á merced de los ingleses y franceses, que iban á disputarse sus despojos. En medio de tan penosa incertidumbre, el principe regente en cuanto tuvo noticia de que el ejército francés se dirigia á Valladolid, accedió á todas las exigencias de Napoleón, declaró la guerra á la Gran Bretaña, y decretó el secuestro de todas sus propiedades, dando no obstante á los comerciantes ingleses tiempo para llevarse ó vender lo mas precioso que poseian. Finalmente, para detener la marcha del ejército francés envió al encuentro del general Junot, mensajeros, que desgraciadamente le buscaban por unos caminos en que no se hallaba. Lord Strangford, embajador de Inglaterra, tomo su pasaporte y se retiró á bordo de la escuadra inglesa, que inmediatamente comenzó el bloqueo del Tajo.

La imprevista aparicion del ejército francés en el camino de Alcántara á Abrantes, sin que ninguno de los emisarios enviados pudiese detener su marcha, produjo indecible terror en el ánimo del regente, terror de que participaban su familia y todos sus consejeros. Entonces prevaleció la idea de emprender la fuga. Noticioso lord Strangford de cuanto pasaba, se apresuró á volver á Lisboa, con comunicaciones de Lóndres, en que con referencia á otras de París, se anunciaba la resolucion

que habia adoptado Napoleon de destronar á la casa de Braganza (1).

Su presencia, y aquellas noticias decidieron definitivamente la partida de la familia real para el Brasil. En la suposicion de que tal vez sería preciso cerrar el Tajo á los ingleses, se habia armado, bien ó mal, lo que restaba de la escuadra portuguesa, es decir, un navio de ochenta cañones, siete de setenta y cuatro, tres fragatas y tres bricks. La noticia de la entrada de Junot en Abrantes, desde cuyo punto solo faltaban tres dias de marcha para llegar á Lisboa, se recibió en aquella capital

(1) Muchos historiadores, tanto portugueses como españoles y franceses, han pretendido que lord Strangford decidió al príncipe regente á abandonar el Portugal, presentando el *Monitor* del 11 de noviembre, que habia llegado á sus manos por la vía de Londres, y que contenia un decreto imperial semejante al que declaraba que habia caducado la casa de Nápoles, y en que se decía que la casa de Braganza habia cesado de reinar. Esta asercion, si no es enteramente inexacta, es por lo menos errónea. Ni el *Monitor* del 11 de noviembre, ni los de los dias anteriores ni posteriores, contienen decreto alguno en que se diga que la casa de Braganza habia cesado de reinar. Aquella fórmula empleada en 1806 contra la casa de Nápoles, despues de una traicion imperdonable, no podia repetirse contra familias reinantes, que no habian dado á Napoleon ningun pretexto para tratarlas de aquel modo. Las minutas archivadas en la secretaría de Estado no contienen tampoco el decreto en que se habla de la casa de Braganza; pero el *Monitor* del 13 de noviembre contiene con el encabezamiento de París y fecha del 12, un artículo sobre las diversas expediciones de los ingleses contra Copenhague, Alejandria, Constantinopla, y Buenos-Aires. En este artículo, redacta-

el 27 de noviembre, é inmediatamente se trasladó á bordo la familia real y una parte de la aristocracia, con cuantos efectos preciosos pudo llevarse. El tiempo estaba horroroso, la lluvia era muy fuerte y violenta, y sin embargo, los príncipes, las princesas, la reina madre, casi todas las personas que componian la corte, muchas familias opulentas, hombres, mugeres, niños, criados, en número de ocho mil individuos, se embarcaron confusamente en la escuadra, y en una veintena de barcos dedi-

do evidentemente por Napoleon, y cuya tendencia era la de manifestar las consecuencias á que se esponian todos los gobiernos que se adherian á la política inglesa, se lee el siguiente párrafo.

«Despues de estas cuatro expediciones que demuestran tan bien la decadencia moral y militar de la Inglaterra, hablaré mas de la situacion en que en el dia dejan á Portugal. El príncipe regente pierde su trono, y lo pierde supeditado por las intrigas de los ingleses: lo pierde por no haber querido secuestrar las mercaderías inglesas que se encontraban en Lisboa: ¿qué hace, pues, la Inglaterra, esa poderosa aliada? mirar con indiferencia lo que pasa en Portugal. ¿Qué hará cuando este pais sea ocupado?... ¿Irá á apoderarse del Brasil? No: si los ingleses hiciesen esta tentativa, los católicos los arrojarían de allí. La caída de la casa de Braganza será una nueva prueba de que es inevitable la pérdida del que se adhiere á los ingleses.»

Esto es, sin duda, lo que se ha tomado por el decreto que declaraba que la casa de Braganza habia cesado de reinar: este fué el *Monitor*, que publicado el 13 en París y recibido el 13 ó el 16 en Londres, pudo el almirantazgo hacer que llegase á la escuadra inglesa el 23 ó 24, y haber sido comunicado al príncipe regente de Portugal.